

*Monasterio de Rombuk
Tíbet*

DEUCALIÓN RARA VEZ DORMÍA, PERO CUANDO LO HACÍA, soñaba. Todos sus sueños eran pesadillas. Ninguna le asustaba. Después de todo, él era un embrión de pesadillas, y una vida llena de terror le había fortalecido.

Por la tarde, mientras se echaba la siesta en su sencilla celda, soñó que un cirujano le abría el abdomen para insertarle una masa misteriosa, retorcida. Despierto pero esposado a la mesa de operaciones, lo único que podía hacer era aguantar la intervención.

Después de que le cosieran el tajo, sintió que algo se arrastraba dentro de su cuerpo, como si quisiera explorarlo.

Detrás de su mascarilla, el cirujano dijo: «Se acerca un mensajero. La vida cambia con una carta».

Despertó del sueño y supo que había sido profético. Carecía de poderes psíquicos de naturaleza clásica, pero a veces le acechaban presagios en sus sueños.

* * *

EN ESTAS MONTAÑAS DEL TÍBET, un resplandeciente crepúsculo evocaba un espejismo de oro fundido desde los glaciares y los campos

de nieve. Un filo dentado de picos del Himalaya, con el Everest como empuñadura, cortaba el cielo.

Lejos de la civilización, este vasto panorama aliviaba a Deucalión. Durante varios años había preferido evitar a la gente, con excepción de los monjes budistas de este lugar barrido por el viento.

Aunque no había matado a nadie desde hacía mucho tiempo, todavía albergaba deseos de furia homicida. Aquí se esforzaba siempre por reprimir sus impulsos más oscuros, buscaba la calma y esperaba encontrar la verdadera paz.

Desde un balcón de piedra del monasterio encalado, mientras contemplaba el banco de témpanos salpicado por el sol, pensó, y no era la primera vez, que esos dos elementos, fuego y hielo, definían su vida.

Nebo, un monje anciano que estaba a su lado, le preguntó:

—¿Estás mirando las montañas o más allá, hacia aquello que has dejado atrás?

Aunque Deucalión había aprendido a hablar en varios dialectos tibetanos a lo largo de su prolongada estancia en este lugar, él y el viejo monje hablaban a menudo en inglés, ya que ello les permitía tener mayor privacidad.

—No echo de menos muchas cosas de ese mundo. El mar. El ruido de los pájaros de la costa. Unos pocos amigos. Las Cheez-it.

—¿Los quesos? Aquí tenemos quesos.

Deucalión sonrió y pronunció la palabra más despacio de lo que lo había hecho previamente.

—Las Cheez-it son unas galletas con sabor a queso *cheddar*. Aquí en el monasterio buscamos la iluminación, el sentido, la determinación... buscamos a Dios. Aun así, las cosas más humildes de la vida cotidiana, los pequeños placeres, parecen definir para mí la existencia. Me temo que soy un alumno frívolo, Nebo.

Mientras se ceñía el hábito de lana contra el cuerpo ante los coletazos de la brisa invernal, Nebo respondió:

—Al contrario. Jamás he tenido un alumno menos frívolo que tú. Con sólo oírte hablar de las Cheez-it, yo mismo me siento intrigado.

Un voluminoso hábito de lana cubría el cuerpo lleno de cicatrices y de retazos de Deucalión, aunque sólo en contadas ocasiones llegaba a molestarle el crudo frío.

El monasterio de Rombuk, una maravilla arquitectónica de paredes de ladrillo, torres elevadas y elegantes techos con forma de mandala, se aferraba peligrosamente a la árida ladera de una montaña: imponente, majestuoso, oculto del mundo. Cascadas de escalones se extendían a los lados de las torres cuadradas, hacia la base de los niveles principales, dando acceso a los patios interiores.

Banderas de oración amarillas, blancas, rojas, verdes y azules, que representaban los elementos, se agitaban con la brisa. *Sutras* cuidadosamente escritos adornaban las banderas, de modo que cada vez que la tela ondeaba al viento, se enviaba simbólicamente una oración en dirección al cielo.

Pese al tamaño y a la extraña apariencia de Deucalión, los monjes lo habían aceptado. Él asimilaba sus enseñanzas y las filtraba a través de su singular experiencia. Con el tiempo, le habían abordado con preguntas filosóficas para tratar de saber cómo se entendían bajo su punto de vista. No sabían quién era, pero se daban cuenta intuitivamente de que no era un hombre normal.

Deucalión permaneció de pie un rato sin hablar. Nebo esperaba a su lado. El tiempo tenía escaso significado en el mundo de los monjes, y después de doscientos años de vida, y quizá con otro tanto por delante, Deucalión a menudo vivía sin ser consciente del tiempo.

Los mástiles de las banderas, revueltos por la brisa, hacían un ruido seco. De pie en la ventana de una alta torre, un monje soplaba una trompeta de concha llamando a la oración del atardecer. Dentro, en lo más profundo del monasterio, los cánticos comenzaron a resonar a través de la fría piedra.

Deucalión miró fijamente hacia los cañones que se alzaban al este del monasterio, invadidos por una penumbra púrpura. Desde algunas de las ventanas de Rombuk, uno podía caer sobre las rocas desde una altura de más de trescientos metros.

En medio de ese ocaso, una figura distante comenzó a acercarse.

—Un mensajero —anunció—. El cirujano del sueño decía la verdad.

Al principio el viejo monje no podía ver al visitante. Sus ojos, del color del vinagre, parecían haberse desteñido por el sol sin filtrar propio de esa extrema altitud. Pero entonces se abrieron completamente.

—Debemos recibirlo en las puertas.

* * *

A LA LUZ DE LAS ANTORCHAS, las salamandras se arrastraban por las vigas ensambladas con hierros de la puerta principal y las paredes de ladrillo que la rodeaban.

En cuanto traspasaron las puertas, de pie en el patio exterior, el mensajero contempló sobrecoigido a Deucalión.

—Yeti —susurró. Era el nombre que los sherpas habían acuñado para el abominable hombre de las nieves.

Con las palabras saliendo de su boca con vapores de aliento helado, Nebo protestó:

—¿Es que ahora se acostumbra preceder el mensaje con un comentario grosero?

Deucalión, al que una vez lo habían perseguido como a una bestia y había vivido doscientos años como un marginado, estaba inoculado contra todo ultraje. Era incapaz de sentirse ofendido.

—Si yo fuera un yeti —dijo en la lengua del mensajero—, posiblemente sería así de alto. —Medía casi dos metros—. Podría tener esta sólida musculatura. Pero sería mucho más peludo, ¿no crees?

—Su... supongo que sí.

—Un yeti nunca se afeita. —Inclinándose sobre el mensajero como si fuera a contarle un secreto, Deucalión añadió—: Debajo de todo ese pelo, un yeti tiene una piel muy sensible. Rosa, suave... si la rozara una navaja de afeitar, seguramente le haría un corte.

Armándose de valor, el mensajero preguntó:

—Entonces, ¿qué eres?

—Big Foot —contestó Deucalión en inglés, y Nebo se rio; pero el mensajero no comprendió la broma.

Nervioso por la risa del monje, con escalofríos provocados no sólo por el aire helado, el joven tendió un bulto de piel de cabra gastada fuertemente atado con una correa de cuero.

—Aquí. Dentro. Para ti.

Deucalión enrolló la correa alrededor de su fuerte dedo, la arrancó de un tirón y desenvolvió el bulto, dejando entrever un sobre: se trataba de una carta cuyas arrugas y manchas denotaban un largo trayecto.

La dirección del remitente era de Nueva Orleans y el nombre el de un viejo amigo de confianza: Ben Jonas.

Todavía mirando de reojo y nerviosamente a la mitad deforme del rostro de Deucalión, el mensajero consideró que era preferible estar en compañía de un yeti que un viaje de regreso a través de la oscuridad y del áspero frío del puerto de montaña.

—¿Puedo pasar la noche aquí?

—Cualquiera que atravesase estas puertas —le aseguró Nebo— puede disponer de todo lo que necesite. Si tuviéramos, incluso te ofrecería Cheez-it.

Desde el patio exterior ascendieron por la rampa de piedra y cruzaron la puerta interior. Dos monjes jóvenes llegaron con linternas como respondiendo a una llamada telepática para escoltar al mensajero hasta los aposentos de los huéspedes.

En el vestíbulo, iluminado por velas, en una hornacina que olía a sándalo e incienso, Deucalión leyó la carta. Las palabras que Ben había escrito a mano con una cuidada caligrafía en tinta azul transmitían un mensaje de capital importancia.

Junto con la carta venía un recorte de prensa del *Nueva Orleans Times-Picayune*. El titular y el texto le importaron menos a Deucalión que la fotografía que los ilustraba.

Aunque las pesadillas no le asustaban y hacía mucho tiempo que había dejado de temer a ningún hombre, su mano tembló. El frágil recorte crujió y un insecto correteó por sus dedos temblorosos.

—¿Malas noticias? —preguntó Nebo—. ¿Alguien ha muerto?

—Peor. Alguien sigue *vivo* aún. —Con una mueca de incredulidad, Deucalión miraba fijamente la fotografía, que parecía más fría que el hielo—. Debo irme de Rombuk.

Esta afirmación entristeció visiblemente a Nebo.

—Durante un tiempo me he sentido reconfortado porque a mi muerte tú serías el que pronunciaría las oraciones.

—Todavía te queda mucha cuerda —respondió Deucalión—. Te conservas como un pepinillo en vinagre. Además, tal vez yo sea el último de la Tierra a quien Dios escucharía.

—O quizá el primero —replicó Nebo con una enigmática sonrisa cómplice—. Está bien. Si tienes intención de volver a caminar hacia el mundo que está detrás de estas montañas, primero déjame darte un regalo.

* * *

COMO ESTALAGMITAS DE CERA, las velas amarillas se erguían sobre candeleros dorados, iluminando tenuemente la habitación. Adornando las paredes había mandalas pintados, diseños geométricos encerrados en un círculo que representaba el cosmos.

Reclinado sobre una silla con almohadones de fina seda roja, Deucalión miraba fijamente el techo, con flores de loto talladas y pintadas.

Nebo estaba sentado formando un ángulo con él, inclinado, y examinaba su rostro con la atención de un estudioso que estuviera descifrando rollos de intrincados *sutras*.

Durante las décadas que había pasado en ferias ambulantes, Deucalión había sido aceptado como si en él no hubiera nada sorprendente. Todos los demás eran también marginados, por elección o por necesidad.

Se había ganado buenamente la vida trabajando en espectáculos de circo que se llamaban «diez en uno», porque ofrecían diez entretenimientos bajo una misma carpa.

Sobre su pequeño escenario, se sentaba de perfil, con el lado bueno de la cara orientado hacia el pasillo de serrín por el que se iba de un espectáculo a otro, desde la mujer gorda hasta el hombre de goma. Cuando la gente se reunía a su alrededor y comenzaba a preguntarse qué diablos pintaba en semejante espectáculo, él se daba la vuelta para mostrar el lado destrozado de su cara.

Los hombres mayores ahogaban un grito y se estremecían. Las mujeres se desmayaban, aunque cada vez menos a medida que fueron pasando las décadas. Sólo se permitía la entrada a personas mayores de dieciocho años, porque los niños, al verlo, podían quedar traumatizados de por vida.

Una vez que había mostrado completamente el rostro, se ponía de pie y se quitaba la camisa para enseñar su cuerpo hasta la cintura: las cicatrices, los imperecederos ribetes de primitivas suturas de metal, las extrañas excrescencias...

Ahora, al lado de Nebo había una bandeja con varias agujas finas y minúsculos frascos de tinta de muchos colores. Con diestra habilidad, el monje estaba tatuando el rostro de Deucalión.

—Éste es el regalo que te doy: un dibujo protector. —Nebo se inclinó para inspeccionar su trabajo y comenzó a delinear trazos aún más intrincados en oscuros azules, negros y verdes.

Deucalión no hizo mueca alguna de dolor, no habría gritado aunque mil avispas le clavaran los agujones.

—¿Estás creando un rompecabezas en mi rostro?

—El rompecabezas es tu rostro. —El monje sonrió ante su trabajo y ante el irregular lienzo sobre el que estaba grabando sus elaborados diseños. Goteando color, goteando sangre, las agujas pinchaban, brillaban y tintineaban cuando, en algunos momentos, Nebo utilizaba dos al mismo tiempo—. Con tanto dibujo debería darte algo para el dolor. En el monasterio hay opio, aunque por lo general no aprobamos su uso.

—No le temo al dolor —respondió Deucalión—. La vida es un océano de dolor.

—Quizá la vida fuera de aquí.

—Incluso aquí traemos con nosotros nuestros recuerdos.

El viejo monje eligió un frasco de tinta carmesí y agregó detalles al dibujo, tratando de disimular las concavidades grotescas y las superficies rotas, creando una ilusión de normalidad bajo los motivos decorativos.

El trabajo continuó bajo un pesado silencio hasta que Nebo afirmó:

—Esto servirá de diversión a los ojos curiosos. Por supuesto, ni siquiera un dibujo tan recargado podrá ocultarlo todo.

Deucalión alzó la mano para palpar el tatuaje ardiente que cubría la superficie de tejidos cicatrizados similar a un espejo roto.

—Viviré por las noches y sin dejarme ver, como ya he hecho tantas veces.

Tras tapar los frascos de tinta y secar las agujas con un paño, el monje dijo:

—Una vez más, antes de que partas... ¿la moneda?

Deucalión se puso más recto en la silla y cogió al vuelo una moneda de plata con la mano derecha.

Nebo observó cómo Deucalión hacía que la moneda girara en sus nudillos —haciéndola *caminar*, como decían los magos—, en una exhibición de notable destreza, dado el gran tamaño y la brutal apariencia de sus manos.

Hasta ahí, cualquier buen mago podría haberlo hecho.

Con el pulgar y el índice, Deucalión lanzó la moneda al aire. La luz de la vela hizo titilar la moneda a medida que ésta ascendía.

Deucalión la atrapó en el aire y la apretó en su puño... para luego abrir la mano y mostrar que estaba vacía.

Cualquier buen mago podría haber hecho esto también, y que la moneda apareciese detrás de la oreja de Nebo, cosa que también hizo Deucalión.

Sin embargo, el monje siempre se quedaba perplejo con lo que venía después.

Deucalión volvió a lanzar la moneda al aire. La luz de la vela volvió a hacerla destellar. Entonces, ante los ojos de Nebo, la moneda simplemente... se esfumó.

En el vértice del arco descrito por el movimiento, mientras daba vueltas, dejó de existir. La moneda no cayó al suelo. Las manos de Deucalión no estaban cerca de ella cuando desapareció.

Nebo había presenciado este acto de ilusionismo muchas veces. Lo había observado a unos pocos centímetros, y aun así era incapaz de explicar qué había ocurrido con la moneda.

A menudo había meditado sobre ello. En vano.

Ahora Nebo sacudía la cabeza.

—¿Es magia de verdad o simplemente un truco?

Sonriendo, Deucalión contestó:

—¿Y cuál es el sonido de una sola mano al aplaudir?

—Aun después de todos estos años, sigues siendo un misterio.

—Como la vida misma.

Nebo recorrió el techo con la mirada, como si esperase ver la moneda fijada a alguna de las flores de loto talladas y pintadas. Bajó su mirada azorada nuevamente hacia Deucalión y dijo:

—Tu amigo de América te dirigió la carta con siete nombres de destinatario diferentes.

—He utilizado muchos más.

—¿Problemas con la policía?

—No por mucho tiempo. Simplemente... siempre intentando volver a empezar.

—Deucalión...

—Un nombre procedente de la mitología antigua; ya no hay mucha gente que lo conozca. —Se levantó de la silla, haciendo caso omiso del dolor punzante de los incontables pinchazos de aguja.

El anciano volvió su rostro hacia arriba.

—En América, ¿volverás a la vida de las ferias ambulantes?

—No hay lugar para mí en las ferias. Ya no hay espectáculos de circo como en los viejos tiempos. Resultan políticamente incorrectos.

—Cuando había espectáculos de circo, ¿en qué consistía tu número?

Deucalión se dio la vuelta, dejando atrás los mandalas de la pared iluminados por las velas; su nuevo rostro tatuado quedó oculto en las sombras. Cuando habló, un sutil latido de luminosidad se deslizó a través de sus ojos, como la vibración de un relámpago oculto tras densas nubes.

—Me llamaban... el Monstruo.

Nueva Orleans

EL TRÁFICO FLUÍA LÁNGUIDAMENTE EN LA HORA PUNTA matutina por la autopista I-10 Express, como el río Mississippi que serpentea a través de Nueva Orleans.

Cuando la detective Carson O'Connor salió de la autopista en el barrio de Metairie, situado a las afueras, tratando de atajar por intrincadas callejuelas, la mañana comenzó a empeorar.

Detenida interminablemente en un cruce, manoseaba con impaciencia el volante de su coche. Para disipar su creciente sensación de sofoco, bajó la ventanilla.

A esa hora las calles ya estaban hirviendo. No obstante, a ninguno de los cabezas huecas de los telediarios se le ocurriría freír un huevo sobre el pavimento. La escuela de periodismo les había dejado suficientes células en el cerebro como para darse cuenta de que sobre esas calles se podría freír por los dos lados incluso un helado.

A Carson le gustaba el calor pero no la humedad. Tal vez algún día se mudaría a algún lugar más agradable, caluroso pero seco, como Arizona. O Nevada. O el infierno.

Sin haber avanzado ni un paso, miró cómo el minuto cambiaba en el reloj del salpicadero y entonces descubrió la razón del atasco.

Dos chicos jóvenes de alguna de las pandillas de la ciudad, vestidos con coloridas prendas, permanecían en el paso de cebra para bloquear el tráfico cada vez que el semáforo se ponía en verde. Otros tres recorrían la fila arriba y abajo, de un coche a otro, golpeando las ventanillas, extorsionando a los conductores.

—Le limpio el parabrisas. Dos pavos.

Como el chasquido de un arma semiautomática, los seguros de las puertas de los coches se echaban uno tras otro a medida que los jóvenes empresarios daban rienda suelta a su labia vendedora, pero ningún coche podía arrancar hasta que el conductor pagara la tarifa.

El que parecía ser el jefe apareció en la ventanilla de Carson, petulante y lleno de falso buen humor.

—Le limpio el parabrisas, señora.

Tenía en la mano un trapo mugriento que parecía haber sido pescado en alguno de los muchos canales llenos de maleza de la ciudad. Tenía una fina cicatriz blanca sobre unos de sus pómulos oscuramente bronceados que se arrugaba en varios puntos de sutura, lo que sugería que había tenido una pelea con cuchillo un día que el médico de urgencias era el doctor Frankenstein. Su escasa barba denotaba falta de testosterona.

Tras tomarse un segundo y mirar más de cerca a Carson, Cara de Cicatriz sonrió.

—Eh, bella dama, ¿qué hace en este cacharro? *Usté* se merece un Mercedes. —Levantó uno de los limpiaparabrisas y lo soltó haciéndolo golpear contra el cristal—. Pero bueno, ¿dónde tiene la cabeza? Aunque no es que una bonita patilarga como *usté* necesite un cerebro.

Un coche sin distintivos tenía sus ventajas para el trabajo de un detective de perfil bajo; sin embargo, cuando había conducido un coche patrulla, nunca la había molestado un mierda como éste.

—Estás violando la ley.

—Alguien está *cabreao* esta mañana.

—El parabrisas está limpio. Esto es extorsión.

—Cobro dos pavos por limpiarlo.

—Te aconsejo que te alejes del coche.

El chico levantó el trapo, listo para manchar el parabrisas.

—Dos pavos y lo limpio; tres pavos *pa* no limpiarlo. La mayoría de las mujeres, sean femeninas o masculinas, elige la segunda opción.

Carson se quitó el cinturón de seguridad.

—Te pedí que te alejaras del coche.

Lejos de emprender la retirada, Cara de Cicatriz se inclinó sobre la ventanilla, a pocos centímetros de ella. Tenía el aliento endulzado por un porro matutino y agriado por problemas de encías.

—Deme tres pavos, su número de teléfono, una bonita disculpa y a lo mejor no me meto con su linda jeta.

Carson cogió la oreja izquierda del gilipollas, la sacudió lo suficiente como para partirle el cartílago y le golpeó la cabeza contra la puerta. Su aullido sonó menos como el de un lobo que como el de un niño.

Le soltó la oreja y, mientras salía del coche, abrió la puerta contra él lo suficientemente fuerte como para tumbarlo.

Mientras el joven caía despatarrado de espaldas, golpeándose la cabeza contra el pavimento y provocándole un despliegue de constelaciones en un planetario interior, Carson le puso un pie sobre la entrepierna, incrustándoselo lo justo para que se retorciera y quedara inmovilizado, haciéndole temer que sus joyas terminaran hechas picadillo.

Le puso la placa de policía delante de las narices y dijo:

—Mi número de teléfono es el 911.

Entre los coches retenidos, con las cabezas altas y en alerta, los cuatro amigos de Cara de Cicatriz les miraban atónitos y enfadados, pero también divertidos. El tío que estaba bajo el pie de la mujer era un colega, y una humillación a un colega era una humillación a todos, incluso aunque tal vez éste fuera un poco lo que llamaban un petardo, un fantasma.

Carson le dijo al amigo de Cara de Cicatriz que tenía más cerca:

—Pon fin a todo esto, pedazo de mierda, a menos que quieras que te haga un agujero.

El gilipollas que tenía bajo el pie intentó escabullirse hacia atrás como un cangrejo, pero ella apoyó el pie con más fuerza. Se le saltaron las lágrimas y prefirió someterse, ante la perspectiva de tener que pasarse tres días con un saco de hielo entre las piernas.

Pese a la advertencia, dos de los otros cuatro pandilleros comenzaron a rodearla.

Con una habilidad casi de prestidigitación, Carson guardó la placa y desenfundó su pistola.

—Fijaos en esta señorita que tengo bajo mi pie, éste sí que ha sido arañado —lo que quería decir humillado—, pero ninguno de vosotros ha sufrido nada todavía. A vosotros os pueden caer dos años en chirona, o tal vez moleros a palos y dejaros lisiados de por vida.

No se movieron, pero tampoco se acercaron más.

Carson sabía que les importaba menos su pistola que el hecho de que ella hablara como hablaba. Puesto que conocía la jerga, dieron por hecho —acertadamente— que ya había estado en situaciones como ésta, en muchas, y aun así se la veía entera y sin miedo.

Hasta el más tonto de los pandilleros —y casi ninguno de ellos ganaría un céntimo en *La ruleta de la fortuna*— podía imaginarse su historial y evaluar qué oportunidades tenía.

—Es mejor que os rajéis, que conservéis lo que todavía tenéis —dijo, advirtiéndoles que se fueran—. Si insistís en tocarme las narices, vais a salir perdiendo.

Por delante de su coche, más cerca del cruce, los coches comenzaron a moverse. Vieran o no lo que estaba pasando por sus espejos retrovisores, los conductores comprendieron que el timo había concluido.

Cuando los coches que los rodeaban comenzaron a andar, los jóvenes empresarios vieron que ya no tenía sentido quedarse allí, dado que los clientes se habían retirado. Salieron en estampida como caballos enloquecidos tras la explosión de un trueno.

Bajo su pie, el limpiador de cristales no terminaba de admitir la derrota.

—Eh, perra, tu identificación, ahí decía homicidios. ¡No puedes tocarme! No he *matao* a nadie.

—Menudo imbécil —masculló ella mientras guardaba la pistola.

—No puedes llamarme imbécil. Me he *graduao* en el instituto.

—¡Que vas a haberte graduado!

—Bueno, casi.

Antes de que el zoquete —como era de prever— se ofendiera por la descortés caracterización de su agudeza mental y la amenaza con demandarla por abuso de poder, sonó el móvil de Carson.

—Detective O'Connor —contestó.

Cuando oyó quién y por qué llamaba, le quitó el pie de encima al pandillero.

—Esfúmate —le ordenó—. Quita tu triste culo de la calle.

—¿No me vas a encerrar?

—No vales ni siquiera el papeleo. —Volvió a su conversación en el móvil.

Refunfuñando, el pandillero se puso de pie, cogiéndose con una mano la entrepierna de su pantalón de tiro bajo, como si tuviera dos años y estuviera abrumado por la necesidad de hacer pis.

Era de los que no aprenden de la experiencia. En lugar de largarse en busca de sus amigos y referirles algún cuento de cómo, después de todo, había dado cuenta de esa poli perra y le había partido los dientes de un puñetazo, permaneció allí de pie, burlándose de ella con lo del trato abusivo, como si sus quejidos y amenazas pudieran provocarle un súbito remordimiento.

Cuando finalizó la llamada, Carson guardó el teléfono y el ofendido extorsionista exclamó:

—La cosa es que ya sé tu nombre, así que puedo averiguar dónde vives.

—Aquí estamos obstaculizando el tráfico —dijo ella.

—Puedo ir a cogerte bien cogida una noche, romperte las piernas, los brazos, partirte todos los dedos. ¿Tienes gas en la cocina? Voy a cocinarte la cara en uno de los fuegos.

—Suena divertido. Abriré una botella de vino y prepararé unos aperitivos. Lo único es que la cara que se va a cocinar en uno de los fuegos es la que estoy viendo delante de mí.

La intimidación era su mejor herramienta, pero no lograba hacer girar el tornillo que tenía delante.

—¿Te gustan las tapas? —preguntó.

—Perra, estás loca como una rata con los ojos rojos sumergida en alcohol de quemar.

—Es probable —asintió ella.

Cara de Cicatriz se echó hacia atrás.

Guiñándole un ojo, Carson dijo:

—Yo puedo averiguar dónde vives *tú*.

—Mantente alejada de mí.

—Y tú, ¿tienes gas en *tu* cocina?

—Lo digo en serio, psicópata gilipollas.

—Ah, ahora me quieres camelar —dijo Carson. *Camelar* significaba *hablarle dulcemente*.

El pandillero se animó a darse la vuelta y largarse a toda velocidad, esquivando los coches.

Sintiéndose mejor por cómo marchaba la mañana, Carson se sentó al volante de su coche, cerró la puerta de un tirón y arrancó para ir a recoger a su compañero, Michael Maddison.

En un principio tenían que afrontar una jornada de investigación de rutina, pero la llamada telefónica había trastocado las cosas. Habían encontrado una mujer muerta en la laguna del City Park y, por el aspecto del cuerpo, no se había ahogado accidentalmente mientras practicaba natación nocturna.